

CALABAZAS



en el trastero



Commemoraciones

CALABAZAS EN EL TRASTERO: CONMEMORACIONES

Primera edición digital: febrero 2021

ISBN: 978-2-490290-55-0

Autores: Javier S. Donate, Curro Esteves, Xuan Folguera,
Adrián García Cholbi, Miguel Garrido de Vega, Erica Gómez Gris,
Salomé Guadalupe Ingelmo, Juan Ángel Laguna Edroso,
Manuel López del Cerro, Sergio Mars, Miguel Martín Cruz,
Miguel Ortega Hiraldo, Isabel Pedrero, Gema del Prado Marugán,
Lisardo Suárez y Raúl S. Vindel

Ilustración de portada: Elías Fosco

Prólogo: Juan Ángel Laguna Edroso

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

9 Chemin de la Calade, Eyriac

07170 Lussas, France

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CALABAZAS *en el brastero*



Conmemoraciones

In memoriam

Doce años desde la creación de la Biblioteca Fosca, la asociación en cuyo seno nació el proyecto de Calabazas en el Trastero. Treinta números publicados en la colección regular y cuatro especiales. Más de tres mil setecientos relatos recibidos a concurso hasta la fecha, cientos de autores seleccionados han pasado por nuestras páginas, siempre alguno nuevo, muchos que repiten, como quien vuelve a un lugar conocido y apreciado. Miles de horas de lectura, maquetación, selección, corrección, revisión, planificación... Según *Historia natural de los cuentos de miedo*, la publicación de referencia de Rafael Llopis, podríamos ser la revista de género fantástico en castellano (y en papel) que más números ha publicado de un modo continuo. Hay otras más longevas, como la revista Sable, pero hay motivos más que sobrados para el orgullo y la satisfacción. Y el vértigo.

Estamos de celebración, qué duda cabe. Y también aterrados, que es lo nuestro. Calabazas en el Trastero ha crecido como una de esas plantas misteriosas tocadas por la magia, como un enorme castillo de naipes, quizás demasiado grande para soportar los malos vientos que corren en el mundo en general desde hace unos años. Las prisas, la precariedad, el pragmatismo, la lógica del mercado, las ansias de alcanzar un gran público que quizás nunca fue el nuestro... no son cimientos sobre los que edificar trasteros como este. Sabemos que nuestro tiempo está contado. Y quizás sea ese el mejor motivo para festejar.

Calabazas en el Trastero nació como *memento mori*, que es otra forma de conmemoración. Era un homenaje a las publicaciones de terror (sobre todo) que nos habían precedido, en particular a la recientemente desaparecida revista Miasma, pero también a otras como Qhliphot y a las que caerían más adelante, como Historias asombrosas o Paura. Era una manera de seguir su estela, de

inscribirse en una tradición que necesitamos, siempre envidiando el tejido de narrativa corta de horror anglosajón y sin encontrar jamás el tiempo para aportar algo para construir uno propio. La fragilidad del proyecto era encantadora en sí, como una telaraña o una crisálida. Tenía desde su inicio una melancolía muy fosca.

Celebrar lo que el viento barrerá. Disfrutar del momento. *Carpe diem. Memento mori. Vanitas*. ¿Puede haber algo más aterrador que una conmemoración? ¿Qué es un cumpleaños sino consumir una vela más antes del inevitable final? Encontramos en ellos la magia ctónica de los ritos dionisiacos, algo que toda la opresión uraniana no es capaz de sofocar: celebramos la vida en la muerte, la muerte en la vida. Con pasión. Con locura. Con dolor. Porque cuando el sentimiento es auténtico es imposible no danzar, aunque sea con las palabras.

Durante estos años hemos perdido compañeros de letras y fosquerías. Pero no hemos perdido los momentos que pudimos pasar juntos, esta aventura compartida que es Calabazas en el Trastero o el saco con sus huesos. Sus palabras, la magia de sus escritos, permanece con nosotros. Tras una década larga en la que sin duda hemos acumulado muchos errores, este es un acierto indiscutible. Y por eso, con un escalofrío, festejamos.

Nos sabemos afortunados. En nuestras celebraciones, aunque la tramoya sea siniestra, somos conscientes de que la compañía es selecta. No es el caso de todas las fiestas. Las conmemoraciones son ocasiones en las que desenterrar secretos, en las que abrir el corazón, sincerarse... y ajustar cuentas, pero también actos sociales en los que nos juntamos con nuestros semejantes, no necesariamente con nuestros seres queridos o nuestros amigos. Inevitables. Anhelados o temidos. Quién sabe lo que puede ocurrir en ellos... Es parte de su fuerza indomable.

En las próximas páginas, a modo de homenaje, trece autores nos brindan su visión más fosca sobre las conmemoraciones. En sí misma, esta antología es una celebración de nuestra pasión compartida por la literatura y el género fosco como lenguaje simbólico y vital. Lo dice el título. Como también lo ha repetido,

como un eco que se extinguirá pero se resiste a aceptarlo, nuestra primera página desde hace ya varios lustros:

In memoriam...

Juan Ángel Laguna Edroso
Bibliotecario fosco, kendoka, escritor
En Eyriac, un 11 de febrero de 2020

Cinco de noviembre

Por Xuan Folguera

Con los ojos cerrados entre las hogueras

Julio Cortazar

Con la música tan alta —bien podía ser una canción de aquel grupo tecnoindustrial llamado Gunpowder Plot que le gustaba tanto que se había tatuado su nombre en el pecho— Guy apenas oía a la chica. Pero no solo era por la música. También era por las copas —cinco o seis güisquis con coca-cola, según el último recuento—, por los dos chupitos a los que les había invitado un amigo de la barra, por el calor que derretía velozmente los hielos y, sobre todo, por el sudor que, después de tanto bailar, le perlabo el escote a aquella chica que acababa de conocer esa misma noche y que le impedía concentrarse en nada que no fuera qué debía hacer para llevarse pronto sus pezones a la boca.

La chica hablaba y hablaba y Guy se limitaba a sonreírle, como un muñeco de trapo al que le hubieran cosido una sonrisa, sin tener ni idea de lo que le estaba contando. Por la cara que estaba poniendo, quizá podía tratarse de algo interesante. La chica le hizo un gesto con la cabeza y se lo llevó de la mano hasta el servicio. Esquivando la cola, se metieron en el primer habitáculo que quedó vacío. Entraron de puntillas para no pisar los charcos de orina que había esparcidos por el suelo. Aun con la puerta cerrada la música —ahora sí, estaba seguro de que eran Gunpowder Plot— retumbaba casi al mismo ritmo que los golpes de los que protestaban por no respetar la cola y, por debajo de todo ello, ese zumbido que siempre le acompañaba a Guy después de un concierto y que le parecía la prueba de que el universo todavía se estaba expandiendo.

La chica sacó del bolsillo de atrás de sus vaqueros dos pastillas y se

las ofreció con la mano abierta.

—Tienes que elegir una —le dijo.

Las dos parecían iguales. Más que redondas, octogonales. Una de color rojo y la otra amarilla. Guy señaló la amarilla. La chica se la metió en la boca y, mientras le besaba, se la pasó con la lengua. Bajo el pantalón, su pene parecía a punto de desbocarse. Guy levantó las manos con la intención de dejar al aire los pechos de la chica, pero antes de que llegara siquiera a rozarlos, notó cómo empezaba a marearse.

No estaba seguro de haber abierto los ojos. Todo estaba a oscuras. Guy supuso que debía de continuar tumbado en el suelo del mismo cuarto de baño en el que había perdido el conocimiento. Palpó el suelo con la mano, pero la retiró enseguida, en cuando notó la humedad, quizá recordando el pis que había esparcido por todo el cubículo. Intentó reincorporarse pero la espalda y las extremidades le dolían como si se las hubieran descoyuntado en un potro de tortura. Después de vencer el asco que le producía tocar la orina del suelo, buscó a tientas la puerta, la taza, unos zapatos, las piernas de la chica, un punto de referencia donde apoyarse o por lo menos que le indicara dónde se encontraba, hasta que, por fin, localizó una de las paredes. Se arrastró hacia ella. Cuando entró en el baño no le pareció que fuera tan grande. Cuando la tocó, tampoco le pareció que fuera la misma pared. No estaba azulejada. Parecía más bien de piedra. Desigual, cortante, mal labrada. Y fría. Como la pólvora mojada. Siguió palpando alrededor. Creyó sentir algo. Se movía. Un chillido agudo. Guy se echó para atrás y apretó su espalda contra la pared. Una rata quizá, pensó.

Poco a poco sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad. Al fondo del todo, a unos cuantos pies de distancia, le pareció distinguir un tenue haz de luz que parecía colarse por lo que quizá fuera la rendija de una puerta. Guy intentó levantarse y llegar corriendo hasta ella, pero sintió un pinchazo en la espalda y se desmayó de nuevo.

Lo reanimaron los del servicio de emergencias. A bofetadas.

—Tranquilo, chaval. Tú, tranquilo. Tan solo dinos qué has tomado y verás cómo todo sale bien.

—No lo sé —pensó Guy.

No tuvo tiempo de decirlo. Le colocaron una mascarilla de oxígeno en la boca y volvió a cerrar los ojos.

—¿Quién más estaba contigo? —le preguntó alguien.

Guy pensó que hacía años que no veía a un cura. Lo acompañaban dos soldados. Uno agarraba la empuñadura de la espada como si estuviera dispuesto a desenvainarla en cualquier momento. El otro llevaba una antorcha. Guy inspeccionó la celda en la que lo habían encerrado. Estaba vacía. Ni siquiera un jergón en el que tumbarse. Tan solo una escudilla y un trozo de pan negro que parecía mordisqueado por una rata.

—Tienes que decirnos quién más estaba en la conspiración. Solo así tendrás tu alma en paz, hijo mío. Ya que no puedes evitar tu final, sí por lo menos podrás ir al Cielo.

Se sentía demasiado débil. Recordaba algunos nombres (Thomas Bates, John Grant, Robert Keyes, Robert Wintour, Christopher Wright), pero no sabía quiénes eran. Aunque se sentía demasiado débil para pensar, intentó concentrarse en la chica, en su nombre, en su lengua, en las gotas de sudor que brillaban en su escote, en la pastilla de color amarillo que le había pasado con la lengua, pero poco a poco su rostro se iba borrando. Como si nunca hubiera existido.

Por la ventanilla de la ambulancia, Guy creyó ver las Casas del Parlamento de Westminster. Aunque no estaba seguro. No tenían nada que ver con las que él recordaba. Parecían distintas. Como si nunca hubieran sufrido un incendio.

Un destello de luz, tan potente como el flash de una gran explosión, lo cegó cuando abrieron las puertas de la ambulancia. En lugar de bajarlo en camilla, lo sacaron a rastras fuera de la celda. Apenas podía andar. La gente lo esperaba a los lados. Le insultaban, le gritaban, le escupían, le tiraban piedras. Parecía que su odio fuera a

durar siglos.

—Bueno, veo que ya estás despierto —dijo la enfermera—. Esa sensación que tienes en la garganta es normal. Es por el lavado de estómago. Ya verás cómo muy pronto se te pasa. Mira, tenemos que hacerte la ficha. ¿Tu nombre es?

—Guy Hawkes.

—Sí, ya. Ahora en serio. Nombre.

—Guy Hawkes —le había dicho el juez—, le condenamos por conspiración a la muerte destinada para los traidores.

Sabía la muerte que les esperaba a los traidores. Lo había estudiado en el instituto. Lo ejecutarían frente a la abadía de Westminster, colgándolo del cuello pero sin dejarle morir. Mientras se balanceara, pataleando e intentando zafarse de la cuerda, le seccionarían los genitales, echándolos después al fuego delante de sus propios ojos. A continuación, estando aún vivo, lo destriparían, arrancándole el corazón antes de decapitarlo y despedazarlo. Después expondrían su cabeza clavada en una pica. El resto de los trozos de su cuerpo alimentarían los cuervos de la Torre.

—Si los cuervos de la Torre se marchan, la Corona caerá e Inglaterra con ella —murmuró Guy.

Pero no lo oyó nadie. Cuando lo desnudaron el gentío enfureció. Aunque intentó taparlo, había quedado a la vista el tatuaje de Gunpowder Plot que llevaba en el pecho. Más que la música, le gustaban sus espectáculos pirotécnicos. Guy miró la plaza atestada y se preguntó si, como en un concierto, también todos ellos tenían que pagar para ir a verlo. Cuando le colocaron la soga al cuello, cerró los ojos buscando desmayarse de nuevo.

—Si notas que te duermes, es normal. Te hemos suministrado un sedante —dijo la enfermera—. Es para que no te duelan los puntos que te hemos puesto en la cabeza.

Guy miró de reojo cómo se marchaba el culo de la enfermera. Metió la mano debajo de las sábanas y pensó en masturbarse para ver si así se relajaba y conseguía dormirse, pero el dolor del cuchillo en sus genitales era tan intenso que solo pudo gritar.

Sobre el autor de «Cinco de noviembre»:

Ante la disyuntiva de si el poeta nace o se hace, los padres de **Xuan Folguera** decidieron que su hijo debía nacer en Avilés (Asturias) en 1974, puesto que, hasta la fecha, no conocían a ningún poeta que antes no hubiera nacido. Por si no bastara con el nacimiento, Xuan pensó que, por si acaso, debía también hacerse como poeta formándose en diversos talleres literarios. A partir de ese momento, comenzó a ganar algunos premios, quedó finalista en otros y fue incomprendido en la mayoría de los certámenes a los que se presentó. Aunque casi toda su obra se halla dispersa en páginas web, revistas que ya murieron y servilletas de papel, en el año 2010 publicó su libro de relatos *Historias de la Fortaleza*, con el que ganó el Premio Asturias Joven de Narrativa. Por si sirviera de algo, a veces, también escribe algún poema.